

*Resistencias desde la huerta. Movilización de mujeres en zonas rurales del suroccidente colombiano**

Isabela Marín Carvajal**

Universidad de los Andes, Colombia

Resumen: El artículo analiza tres iniciativas de acción colectiva realizadas por mujeres en zonas rurales del suroccidente de Colombia, indagando por los motivos que explican su movilización y cómo es el proceso de empoderamiento bajo el que ésta se dan. El trabajo se desarrolla a partir del registro de las historias de vida de las lideresas de las iniciativas, con lo que se recrea una trayectoria de lucha o de movilización. Con la construcción de esta trayectoria se busca evidenciar cómo se van transformando los marcos de significado de las mujeres por medio de la interacción entre actores(as), identidades y contexto. Así mismo, se aborda el impacto que tiene el conflicto armado sobre el proceso de movilización y las propuestas de construcción de paz que surgen de las iniciativas estudiadas.

Palabras clave: Movilización social, empoderamiento de mujeres, conflicto armado, Colombia, zonas rurales.

Resistances from the Vegetable Patch. Women Mobilizing in Rural Areas of the Colombian Southwest

Abstract: This article analyzes three cases of collective mobilization carried out by women from rural areas of the Southwest of Colombia. It looks into the reasons that explain the women's action and how they are empowered along the process. The research is based on the study of women leaders' testimonies, which were processed in order to create a 'path of struggle', aiming to show how in the construction of this path the women's frames of meaning are transformed by the interaction among actors, identities and contexts. In addition, the project approaches the effects of the armed conflict on the mobilization process and the peace building initiatives

that arise within the studied groups.

Key words: social mobilization, women's empowerment, armed conflict, Colombia, rural areas

Introducción

Ante vivencias cotidianas de machismo, inequidad social y discriminación en el municipio caucano de Inzá, un grupo de mujeres campesinas se organizó con la intención de mejorar su situación de vida y exigir el respeto de sus derechos mediante la valoración de su territorio y el fortalecimiento de su identidad cultural. Así mismo, en la vereda El Salado, ubicada en el municipio de Samaniego en Nariño, un grupo de mujeres ha desarrollado proyectos productivos y ha ido involucrando a los jóvenes, logrando persuadirlos de no vincularse a grupos armados o trabajar en cultivos de droga. Finalmente, en Buenaventura, Valle del Cauca, mujeres que han perdido hijos, esposos y hermanos en el intenso conflicto que se vive en la región, se han ido abriendo lugar en los espacios de toma de decisión de sus comunidades, logrando disminuir la inequidad entre la población. El siguiente artículo es producto de un trabajo investigativo realizado a raíz de diversos encuentros con las lideresas de las iniciativas descritas antes, conocidas respectivamente como: *Comité de Mujeres de Inzá*, *Asociación de Mujeres Campesinas Sembradoras de*

*Este artículo presenta resultados de la investigación realizada para la tesis de grado de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad de los Andes, bajo el título "Movilización de mujeres en zonas rurales del suroccidente colombiano: entre el conflicto y el empoderamiento". La investigación fue realizada de enero a noviembre de 2012, bajo la dirección de la profesora Virginie Lauren, y fue financiada como proyecto ganador de la Convocatoria de Proyectos de Grado de Maestría del Cesó, para el periodo 2012-1. **Trabajo recibido el 25 de junio de 2013, aceptado el 12 de noviembre.**

**Politóloga y Magister en Ciencia Política de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia). Actualmente se desempeña como investigadora en la Fundación Ideas para la Paz en el Área de Dinámicas del conflicto y construcción de paz. Correo electrónico: isabelamarin@hotmail.com.

Vida y Paz, y Mujeres Líderesas de Buenaventura.

El panorama anterior se puede enmarcar en lo planteado por el noveno informe de la Mesa de Trabajo Mujer y Conflicto Armado (Mesa de Trabajo Mujer y Conflicto Armado, 2009) en el que se esbozan las barreras estructurales y culturales que impiden la participación y representación plena y en igualdad de oportunidad de gran parte de las mujeres colombianas en la toma de decisiones, tanto en las instituciones públicas como dentro del hogar. Pero, como se puede leer en cada uno de los casos presentados, mujeres en zonas rurales y apartadas del territorio colombiano salen de sus hogares para protestar y resistir por un mañana mejor, logrando alterar dicha situación. Lo que motiva este trabajo es entonces entender las razones por las que mujeres no-movilizadas que viven en zonas de conflicto armado se deciden a emprender acciones públicas a pesar de los riesgos que corren. Igualmente, se busca indagar por el proceso bajo el que las acciones emprendidas las han empoderado y transformado en líderes.

Abordar este problema puede brindar luces sobre alternativas no militares para la construcción de paz en el país y el fortalecimiento de la sociedad civil, mientras se discuten problemas como los procesos de empoderamiento de las mujeres y las relaciones entre mujer y guerra –examinando tanto el impacto que tiene el conflicto armado sobre la mujer y las relaciones de género, como el papel que puede llegar a jugar la mujer en el conflicto y en la construcción de paz. Como estrategia metodológica se propone recrear una trayectoria de lucha en la que sea posible observar cómo interactúan las agentes de las iniciativas con el contexto, transformando los marcos de significados de las mujeres al redefinir sus relaciones de género y sus identidades, empoderándolas como actoras de cambio. Para lograr lo anterior se realizaron salidas de campo a los lugares donde viven las líderes de las iniciativas para registrar junto con ellas, sus historias de vida articuladas alrededor del surgimiento y desarrollo de los proyectos colectivos de los que hacen parte. De igual manera, se hizo una recolección de documentos escritos, gráficos o audiovisuales que fueron realizados en el marco de los proyectos y actividades de las iniciativas.

En el artículo, primero, se hace un recorrido por las propuestas teóricas y conceptuales sobre el tema en el que se enmarca el trabajo. Segundo, se desarrolla la trayectoria de movilización de cada una de las iniciativas estudiadas. Y por último, se esbozan unas breves conclusiones sobre el proyecto en conjunto.

La movilización social en la academia

En un sentido general, este tema se enmarca en la literatura de acciones colectivas, movimientos sociales, política contenciosa, resistencias civiles y luchas sociales. Interesa de la teoría sobre tales conceptos las propuestas que leen las luchas sociales como un campo dinámico, en las que los marcos interpretativos van transformándose y adquiriendo nuevos sentidos. Esto se puede entender por medio de los *procesos enmarcadores*, idea que se refiere a la importancia que tiene la cultura o el discurso en las movilizaciones. Lo anterior implica tener la percepción de que este tipo de procesos sociales pueden llegar a generar un cambio social y de que haya una construcción de ideas compartidas entre las personas que participan en acciones colectivas (McAdam, McCarthy & Zald, 1996). De esta manera, los procesos de enmarcamiento pasan de ser discursos estáticos para convertirse en marcos de disputa. Por otro lado, Melucci (1988) habla sobre los marcos de significado, planteando que para que la acción social sea posible, estos deben renovarse constantemente, recibiendo nuevos significados. En este sentido, el análisis debe estar enfocado en la interacción entre estructuras y actores sin observarlos como ámbitos separados. La trayectoria de la lucha depende entonces de cómo el marco cognitivo media entre el contexto, los actores y los sucesos resultando en una propuesta de análisis *relacional*.

En un sentido similar, hay otra propuesta desarrollada en los estudios sobre movimientos sociales que es clave mencionar, y es el lugar de las identidades en la movilización. Según lo expone Pardo (1997), pensar en las identidades para el estudio de los movimientos sociales va de la mano con la introducción de las reflexiones sobre el papel de la cultura en la confrontación política. Así, expone que los movimientos sociales

surgen mediante procesos políticos de construcción de significados, en los que ciertos grupos que se encuentran por fuera de los bloques hegemónicos del poder, subvierten viejas definiciones y normas retando el carácter subordinado de la identidad que les atribuye el grupo dominante. De esta manera, se entienden los movimientos sociales según logran introducir nuevos temas en las discusiones sobre derechos y ciudadanía, ampliando los límites de la sociedad civil (Pardo, 1997).

Los movimientos de mujeres ¿vs? Los movimientos por las mujeres

Una pregunta recurrente en los trabajos que indagan por la movilización social de mujeres es la de cuáles son las motivaciones para que las mujeres se movilicen. Molyneux (1985) distingue entre dos tipos de intereses que movilizan a las mujeres: los *intereses estratégicos* que tienen objetivos tales como la emancipación de la mujer y la equidad de género; y los *intereses prácticos*, que se presentan como una respuesta ante una necesidad inmediata insatisfecha. Bajo estos últimos no se tendría ningún interés estratégico en cambiar las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Esto tiene un correlato en otros trabajos sobre América Latina en los que se ha encontrado que con frecuencia en las movilizaciones de mujeres, las luchas no estarían encaminadas a la liberación de la mujer sino a cumplir de la mejor manera el rol de madres y esposas (Jelin, 1987; Batliwala, 1998; Ray & Korteweg, 1999; García, 2003; Molyneux, 1985). Así, la movilización social de mujeres se podría diferenciar entre “movimientos de mujeres y movimientos para (o por) las mujeres” (Jelin, 1987: 313).

Algo interesante para agregar a la discusión es que en estudios atravesados por una perspectiva marcadamente feminista, la distinción es menos clara, ya que se propone una mayor fluidez entre los términos público/privado, por lo que los intereses prácticos también entrarían a significar un enfrentamiento al sistema patriarcal. Por ese camino, se trae a colación la frase citada por las feministas de la segunda ola de “lo personal es político”, refiriéndose a que todas las esferas de la vida están atravesadas por relaciones de poder, por lo que cualquier tema puede entrar a hacer parte

del debate público (Wise, 1996; Werbner & Yuval-Davis, 1999). De manera similar, se argumenta que las barreras entre lo público y lo privado no pueden ser tomadas como dos esferas separadas, ya que tanto los actos privados como los performances públicos se encuadran dentro del mismo marco de ‘principios ético-políticos’ (Mouffe, 1997).

Por otro lado, se comenta que si bien hay una gran variedad de movimientos sociales en cuanto a estrategias e intereses, todos los casos deben tener en común la ‘toma de conciencia’ de las mujeres con respecto a su situación de desigualdad frente al hombre. Esto implica, por un lado, que las mujeres se definan a ellas mismas como portadoras de intereses especiales que necesitan ser representados; y por el otro, que perciban que aquellos problemas “personales y aislados” en realidad son problemas comunes y compartidos producto de determinados contextos (Sapiro, 1998). Frente a esta toma de conciencia sería clave la influencia de las organizaciones de mujeres. También se sostiene que se ha presentado una tendencia hacia un activismo más local e informal. Las mujeres que se movilizan realizan cada vez actos más sutiles y específicos desde grupos comunitarios, lo que ha resultado ser más efectivo que la participación en el sistema político formal (Wise, 1996; Werbner & Yuval-Davis, 1999).

Las mujeres en la guerra y en la paz

Otra de las propuestas presentes en la literatura sobre movimientos de mujeres tiene que ver con el contexto y sus transformaciones, lo que está estrechamente relacionado con situaciones de transición de regímenes autoritarios a regímenes democráticos, o de la guerra a la paz y viceversa. Al estudiar contextos de guerra, las investigaciones generalmente se guían por dos grandes preguntas: el impacto de los conflictos armados en las mujeres y el papel de las mujeres en la guerra y en la construcción de paz. Esta línea de investigación está atravesada por la introducción de enfoques con perspectiva de género, resaltando la importancia de estudiar el impacto de la guerra sobre las mujeres, en tanto que las mujeres viven los conflictos y la guerra de maneras muy diferentes que los hombres. En este sentido, su papel en el conflicto y en el

post-conflicto también debe ser leído de manera diferenciada.

En primer lugar, sobre el impacto de la guerra en las mujeres se argumenta que en épocas de conflicto, debido a que los hombres se van a luchar, las mujeres se ven forzadas a asumir roles y labores que tradicionalmente sólo eran llevados a cabo por ellos (Bouta & Frerks, 2002). Esta situación ‘planta la semilla’ para la transformación de las mujeres porque les da la oportunidad de vivir sus roles dentro de la familia y la sociedad de manera diferente, y además, en tanto que los hombres empiezan a depender más de ellas, éstas se da cuenta de sus habilidades para sobrevivir, protegerse y recuperarse. Es así que, los conflictos armados cambian las relaciones sociales por decisión o necesidad, y empujan a las mujeres a la lucha y el empoderamiento (Anderlini, 2007). Aun así, estos cambios no son estructurales sino temporales. Cuando el conflicto cesa, la situación en las familias tiende a volver a la “normalidad” devolviéndoles a las mujeres su papel en el mantenimiento del hogar y el cuidado de los niños (Bouta & Frerks, 2002; Meertens, 2000).

Sobre el papel de las mujeres en el post conflicto y la construcción de paz, se comenta que si bien las mujeres están activamente involucradas en cada etapa de la construcción de paz, generalmente son actores invisibles en este proceso (Anderlini, 2007; Cockburn, 1998; Jordan, 2004). En este sentido, se denuncia que a pesar de que las mujeres se han sacrificado por la paz retando al militarismo y contribuyendo a la construcción de paz como activistas, como líderes comunitarias y como sobrevivientes, sus esfuerzos casi nunca son apoyados o premiados (Rehn & Johnson, 2002). Lo anterior es explicado en parte por el hecho de que la participación de las mujeres no se da desde procesos formales, lo que las hace parecer ausentes, o se debe sencillamente a que se ignora el rol que han cumplido (Cockburn, 1998; Jordan, 2004). Siguiendo la misma línea, se coincide también en la importancia de que se difundan estas experiencias, no solamente para alcanzar la equidad de género sino también para lograr una paz sostenible (Anderlini, 2007; Cockburn, 1998; Jordan, 2004; Sweetman, 2005).

Pensar en las mujeres y la guerra para el caso colombiano parece pertinente considerando su larga

historia de conflicto armado. Sobre el impacto que éste ha tenido sobre las mujeres, Meertens (2000) expone que si bien en situaciones de guerra u otros conflictos, las migraciones y la colonización afectan las relaciones de género creando nuevos espacios de incursión femenina para las mujeres campesinas en Colombia, cuando las situaciones críticas se amainan, las mujeres retoman su rol tradicional como madres reproductoras. Por lo anterior, la autora concluye que “la incursión femenina en los espacios públicos de la política y de la guerra no se ha visto acompañada igualmente de procesos de emancipación en la vida cotidiana” (Meertens, 2000: 416). Es decir, que esos momentos de crisis no han implicado un mejoramiento en la calidad de vida de las mujeres, y en la mayoría de los casos ha significado es un incremento en la carga de trabajo y responsabilidades de las mujeres (CNRR, 2009, 2011).

Sobre el papel de las mujeres en la construcción de paz en Colombia, se comenta que desde 1985 las mujeres han estado apelando a que se respete el derecho a la vida y los demás derechos fundamentales y debido a la guerra interna las movilizaciones para la búsqueda de la paz han ido en aumento (Archila, 2003; García, 2003). Miles de mujeres se han movilizadas como desplazadas, madres, hijas y hermanas para la resolución del conflicto armado y el cese de violación de derechos humanos en actos como las masacres, los secuestros, las desapariciones y la impunidad (Meertens, 2000; García, 2003; Sánchez, 2006; Villareal & Ríos, 2006; CNRR, 2009). A nivel local, las mujeres se han negado a contribuir con los grupos armados, han desarrollado proyectos socioeconómicos alternativos y se han organizado para la reconstitución del tejido social (Villareal & Ríos, 2006). Aun así, las acciones de resistencia adelantadas por mujeres son raramente destacadas: “Vale decir que no sobresalen como grupos especiales o diferenciados, no son evidentes sus reivindicaciones especiales en el contexto de violencia armada, pero sí figuran como víctimas de la violencia armada” (Defensoría del Pueblo, 2005: 44).

Lo anterior da pie a diferentes reflexiones pertinentes para el caso colombiano. Se muestra evidente, por ejemplo, que si bien ya se ha ido visibilizando a la mujer como un actor que vive

la guerra diferente al hombre, no solamente como una víctima, sino también como combatiente y resistente, es una mirada relativamente nueva e inexplorada de los conflictos armados. Se podría también intuir que es necesario entender el rol que cumplen las mujeres dentro de su contexto político, social y económico, para entender más claramente el impacto diferenciado que tiene la guerra sobre ellas. Así mismo, se sugiere la importancia de dar reconocimiento al papel que han cumplido las mujeres en la construcción de paz. Lo anterior no desde ser leído desde un lugar esencialista bajo el que se considere que la mujer es más pacífica que el hombre, sino desde un lugar de reivindicación que indica que la mujer no ha sido una víctima o una espectadora pasiva.

Asociación de Mujeres Campesinas Sembradoras de Vida y Paz de Samaniego: Reivindicación de la mujer campesina

A cuatro horas de Pasto por carretera, avanzando hacia el centro del departamento de Nariño, está ubicado el municipio de Samaniego, desde ahí, a quince minutos en moto por una trocha destapada, se llega a la vereda El Salado. Es ahí donde se reúnen, conversan, planean y viven las mujeres que conforman la *Asociación de Mujeres Campesinas Sembradoras de Vida y Paz de Samaniego (Amucasam)*. La Asociación hace parte de la *Federación de Mujeres Campesinas de Nariño (Femucan)*, cuyo objetivo principal es el reconocimiento del aporte de las mujeres en la producción campesina.

La Asociación nace en el 2005, cuando algunas mujeres de otros municipios de Nariño, contactan a las que ahora son las líderes de la Asociación, haciendo un intento por interesarlas en aprender sobre Derechos Humanos y derechos de las mujeres. Empiezan entonces a asistir a capacitaciones sobre esos temas y a espacios donde se intercambian conocimientos y experiencias de diferentes mujeres de la zona. Este proceso de aprendizaje va de la mano con dos factores que contribuyen de manera determinante a la motivación de las mujeres para reunirse. Uno, es la propuesta de generar proyectos productivos. Las mujeres relatan que la idea de iniciar y desarrollar de manera colectiva proyectos

que les generen ingresos para ellas y sus familias, se convierte en una razón de peso para asistir a los encuentros y las actividades propuestas.

El segundo factor es el valor que adquiere el encuentro mismo. Cuando las mujeres empiezan a asistir a las capacitaciones a las que las invitan compañeras de otros municipios, aprenden sobre Derechos Humanos y derechos de las mujeres, dan cuenta de la situación de subordinación a la que han estado sometidas frente al hombre, conocen y empiezan a identificar las diferentes formas de violencia de género. Pero, sobre todo, se les abre un espacio para hablar, para expresar sus ideas, para discutir proyectos, para volverse sujetas activas. Hay una ruptura con su mundo privado –que hasta ese momento era lo único conocido, lo único permitido– ganan una voz y un reconocimiento en el mundo público. Además, alrededor de las reuniones se empiezan a generar redes de amistad y solidaridad que antes no existían, y que se vuelven un fuerte motivo para darle continuidad a los encuentros del grupo.

Al principio nosotras como habíamos estado sometidas al machismo, nos daba pena hablar, el marido nos mandaba, estábamos a sometimiento de ellos, que para salir a visitar a nuestra madres teníamos que pedir permiso del marido, e incluso hasta de nuestros mismos hijos. Como decir que la mujer era la esclava de la casa, pero con el proceso nos fuimos dando cuenta que no, que las cosas no eran así. Y ya fuimos mirando de otra manera, nos fuimos dando autoestima entre nosotras mismas, ya pensábamos que la mujer no solamente era para la casa, sino que también podíamos ocupar espacios. (Integrantes de la Amucasam, agosto 24 de 2012)

Junto con este proceso de aprendizaje y ese paso de lo privado a lo público, son fundamentales los proyectos productivos. Al empezar a generar ingresos para el hogar, las mujeres, por un lado, no sienten que están abandonando a sus hijos o a su familia al asistir a las reuniones o actividades de la Asociación; y por el otro, tienen razones concretas para reclamar independencia frente a sus maridos. Aun así es interesante que a medida que las mujeres fueron sintiéndose capaces de hablar en público, sienten que también fueron adquiriendo herramientas para orientar a sus hijos/as y dialogar

en sus hogares. Las mujeres ganan una voz en el espacio público, y con esto la habilidad y el valor para expresarse y decir las cosas que sienten en su espacio privado. Es decir, en el proceso las mujeres no solamente irrumpen en el espacio público, sino que se ‘politiza’ el espacio privado; se alteran las relaciones de poder bajo las que se asume que el hombre es el sujeto activo que impone y la mujer la pasiva que obedece.

En este proceso en el que la mujer empieza a tomar protagonismo como persona social, se develan todos los aportes que hace la mujer campesina en su hogar y comunidad. Se narra que antes se tenía la idea de que la mujer era una desocupada, cuya “única” responsabilidad eran las labores de su casa, por lo que, con este proceso, más que el hecho de que se le permita a la mujer asumir nuevas tareas, se le empiezan a reconocer las que probablemente ya desempeñaba antes.

Los hombres eran los que estaban en el trabajo, las mujeres no teníamos las oportunidades, pero eso era mentiras porque, la mujer, y en ese sentido la mujer campesina, es la que hace el trabajo, es la que cultiva, es la que cuida, es la que almacena, es la que economiza, es la que atiende los hijos, aparte de eso hace el trabajo de la casa, el trabajo de la comunidad (...) y sin embargo no hay un reconocimiento del trabajo y del papel de las mujeres. (Coordinadora de la Femucan, agosto 24 de 2012).

Las mujeres se empiezan a valorar a sí mismas y en esta medida a exigir respeto por parte de los demás, se empiezan a considerar capaces de hacer cosas por su comunidad, y en este sentido, capaces de transformarla, de tener un impacto. Sólo cuando inicia este reconocimiento es que las mujeres de la Asociación consideran que fue posible que se propusieran apropiarse de su territorio, proteger su entorno, tratar de mejorarlo. En este punto también hay un reconocimiento de su cuerpo. Se empieza a pensar ¿qué tanto me quiero a mí como persona, como mujer? Y en ese sentido ¿qué tanto cuido y respeto mi cuerpo? Al hablar, por ejemplo, de la soberanía alimentaria, no solamente se busca con ella el cuidado de la tierra, sino también el cuidado del cuerpo; los químicos que se le echan a la tierra para cultivar y las hormonas que se le dan a los animales durante su cría, van a parar al propio

cuerpo. Así, éste se vuelve igualmente un territorio de resistencia.

Los proyectos productivos mencionados constan, por un lado, de huertas caseras —donde se siembra yuca, plátano, verduras, café, hierbas medicinales—, y por el otro, de cría de especies menores —tales como cuyes, marranos, pollos, entre otros. Las huertas se empiezan a hacer sin espacio ni tierra; se hacen en los patios o en materas y todo se comparte. Las huertas caseras se cultivan de manera orgánica sin utilizar ningún químico y a los animales se les alimenta sin productos procesados y buscando bajos niveles de grasa. Ambos proyectos van por el camino de lograr la *soberanía alimentaria*: la comunidad produce los alimentos que va a consumir y decide el origen y el modo de producirlos, generando un desarrollo sostenible. Así pues, considerando que es un grupo de mujeres quienes llevan a cabo los proyectos productivos, a los objetivos de alcanzar la soberanía alimentaria se le debe sumar que buscan dejar de ser dependientes de sus maridos para su alimentación y la de sus hijos/as.

Todos esos objetivos propuestos por la Asociación están atravesados por el hecho de que la manera como se llevan a cabo las estrategias de movilización y resistencia es guiada por la identidad campesina que comparten las mujeres de la Asociación. Se habla de identidad entendiéndola como un proceso en el que se construye una categoría no estable de identificación, alrededor de una historia o narrativa compartida. En el proceso de movilización está presente desde su surgimiento un esfuerzo por rescatar la identidad campesina que se expresa en cada una de sus propuestas y acciones. Las mujeres se sienten campesinas en tanto que sus antepasados fueron campesinos, y de ello se desencadenan una serie de responsabilidades heredadas. Por ejemplo, se tiene la responsabilidad de proteger la tierra, de defender el territorio ancestral, de visibilizar al sector campesino y de rescatar la dignidad como campesinos o campesinas en las generaciones posteriores.

A partir de los relatos, se puede deducir que la lucha a nivel local ocasiona que no se pierdan las costumbres y el valor de ser campesino. Sin embargo, ésta se enmarca en un contexto más amplio, uno nacional en el que se siente que iniciativas o entidades

gubernamentales tales como la *Ley de Víctimas*, la *Federación Nacional de Cafeteros y Familias en Acción* golpean e invisibilizan al sector campesino, y que en vez de ayudar, vuelven dependientes del gobierno a las familias campesinas.; y otro internacional en el que el sector campesino se resiste frente a transnacionales que buscan apropiarse de las semillas, llevar a cabo grandes proyectos de explotación minera perjudiciales para la tierra, y vender alimentos cultivados y criados con químicos y hormonas. La Asociación hace parte de este proceso de resistencia buscando cumplir objetivos como el de la soberanía alimentaria; cultivando huertas orgánicas y criando animales sin utilizar productos procesados, promoviendo la apropiación y la permanencia en el territorio, participando en marchas que visibilizan al sector campesino en contra de la megaminería, para la protección del agua y de los recursos naturales.

Una de las estrategias –y quizá una de las más bonitas –mediante la que se busca dignificar la identidad campesina y promover el valor de la tierra es *La Mística*, ritual que se acostumbra realizar al inicio de cualquier reunión de la Asociación. La Mística es una apropiación del *Movimiento de Trabajadores Rurales sin Tierra*, movimiento social y político que nace en Brasil en busca de una reforma agraria. Este ritual es un homenaje a la *Madre Tierra* –y a su ser creador –, como productora de las semillas, de las plantas, de los alimentos, del sustento de vida. También es un homenaje al *agua*, a la *luz*, a los *productos de la tierra* y a las *flores*. Todo esto se le ofrece a la tierra, se le pide perdón por todo el maltrato causado por el ser humano y por toda la sangre derramada sobre ella, y se hace un compromiso como campesinos y campesinas para cuidarla y defenderla. Si bien *La Mística* encarna una articulación con la lucha campesina por fuera de las fronteras nacionales, también expresa un fuerte vínculo con *lo indígena*, y se presenta igualmente como un ritual de reparación al conflicto, en tanto que la tierra también ha sufrido sus consecuencias.

Te pedimos perdón madre tierra por todo ese maltrato, esas quemadas, esa contaminación, y también te pedimos perdón por toda esa sangre que se ha derramado y todas esas muertes. Debemos cuidarte

y defenderte. (Palabras mencionadas durante *La Mística*, septiembre 21 de 2012).

Posterior a esas primeras etapas de surgimiento de la Asociación, hay un factor en particular que va a tener un impacto bastante importante en las motivaciones y los objetivos que se plantean originalmente las mujeres: el del conflicto armado. Según los relatos, las dinámicas de los actores armados que hacen presencia en la zona no presentan variaciones significativas sino hasta el año 2006, lo que sugiere que el surgimiento de la Asociación no tuvo que ver con factores tales como una agudización de la violencia, un aumento en la violación de derechos, o una limitación al acceso de los recursos básicos de supervivencia. El impacto del conflicto armado sobre la movilización se va a dar es en la manera cómo el conflicto va moldeando los proyectos y las motivaciones del grupo, en la medida en que acapara las preocupaciones que surgen en la comunidad y entre las mujeres.

En los relatos de las mujeres se lee una preocupación central en cuanto a lo que quieren lograr por medio de la Asociación, que es mejorar la vida de sus hijos e hijas; esto está estrechamente relacionado con las preocupaciones que surgen alrededor del impacto del conflicto armado en la vida de los jóvenes en general. Hay un gran temor de que los jóvenes se vean tentados a unirse a los grupos armados, ya sea por falta de otras oportunidades o por una cuestión a la que se refieren como “pérdida de valores”, que va a tener como consecuencia que se desee conseguir dinero y objetos materiales por medios “fáciles”. Así, se temen la prostitución, las “niñas prepago”, las enfermedades de transmisión sexual, y el alistamiento a cualquiera de los grupos armados. Ante esa situación, se busca involucrar a los jóvenes en proyectos productivos para que confíen en que en la región sí es posible generar ingresos de maneras lícitas, y promover que tanto en los hogares, como en los demás espacios de socialización, reciban atención e información que los haga valorarse a sí mismos como campesinos y campesinas. La esperanza se deposita en la formación, en aprender a hablar con los hijos, hijas y jóvenes, explicarles cómo los puede afectar la guerra

o el narcotráfico, y aumentar su consciencia sobre las consecuencias de involucrarse en el conflicto.

De igual manera, es clave profundizar en las consecuencias que tiene la agudización del conflicto sobre la movilización en sí y sobre las relaciones sociales. En el último año, por ejemplo, las mujeres han percibido un agravamiento de la seguridad en la zona y una mayor presencia de los actores armados, quienes en reiteradas ocasiones han expresado su intención de ejercer control sobre la población civil por medio de intimidaciones y amenazas – se anuncian toques de queda, hay días en que se prohíbe la movilidad de los pobladores, se limita el número de personas que puede haber en una reunión, se amenaza con detonar explosivos. Lo anterior dificulta las posibilidades de encuentro y visibilización, ya que cada vez parece más riesgoso reunirse, movilizarse, o hacer públicos los proyectos de la Asociación. En este sentido, cada vez se logra menos apoyo de la población por miedo a recibir represalias.

Todo lo anterior permite dar cuenta que el impacto de la guerra no se siente únicamente sobre la movilización, afecta la socialización en general. Una de las consecuencias que más se resiente en este sentido es alrededor del *Concurso de Bandas de Samaniego*. Se narra que este evento convocaba a gente de todo el país, que cada departamento traía bandas, reinas y bailes para hacer parte de lo que era una “gran fiesta”, y en los 4 días que duraba, se movía mucho el comercio y el turismo. Pero agregan que desde hace más o menos 6 años llegaron los actores armados a Samaniego, empezaron los desplazamientos y las muertes y el municipio fue declarado zona roja. La gente que bajaba para el Concurso empezó entonces a disminuir cada vez más, “ahora es una fiestica que se hace sólo a nivel departamental, y ni siquiera participa todo el departamento” (Integrantes de la Amucasam, septiembre 21 de 2012).

Para cerrar, en el surgimiento de la Asociación fue fundamental el apoyo recibido por mujeres que habían participado de procesos similares. Ese contacto, no sólo representó el aprendizaje de lo que significa la experiencia organizativa, sino que fue sembrando en las mujeres las motivaciones para movilizarse. En las capacitaciones, las mujeres son

motivadas a realizar proyectos en conjunto, pero también son llevadas a entenderse como sujetas de derechos que están siendo incumplidos. Las primeras motivaciones detrás de la asistencia a las reuniones y a las capacitaciones, tuvieron mucho que ver en ese momento con la ilusión de desarrollar proyectos productivos y contribuir con los ingresos del hogar—apelando a la satisfacción de necesidades básicas. Pero a medida que las mujeres empezaron a producir y a reconocer sus capacidades para trabajar, fueron descubriéndose como autónomas, lo que le fue dando otros significados a los proyectos de los que hacían parte. Sus motivaciones pasan de ser prácticas a tener un sentido estratégico, en cuanto a luchar por la equidad de género, pero también en cuanto a resistirse a que el gobierno nacional y las rutas de la globalización acaben con el campesinado. En ese marco de significados se empieza a articular el proceso bajo el que ellas toman control sobre sus decisiones, sobre su cuerpo y sobre sus acciones, con el pasado campesino del que se sienten parte.

En conclusión, es posible dar cuenta que desde las primeras etapas de la Asociación las motivaciones fueron variando con el tiempo. Al haber un aprendizaje de que ellas como mujeres sí pueden llegar a ser agentes de transformación, sujetos con capacidades de impacto social y político, se van proponiendo en el camino otros objetivos por cumplir. Esto permite pensar que el valor que ha ido ganando la Asociación está en la capacidad de acción y movilización que ha logrado construir; independiente de cada uno de los objetivos que vaya cumpliendo a lo largo de los años; es decir, en el *capital social* que se ha generado para la comunidad. Éste se entiende como relaciones sociales compuestas de un fuerte sentimiento de confianza y solidaridad, compromiso cívico y la capacidad de resolver un problema de acción colectiva. Es ese capital social el que se ve afectado a raíz de la intensificación del conflicto; al limitar los espacios, los encuentros y las actividades que lleva a cabo el Comité, debilita las relaciones sociales que se habían tejido alrededor de éste, perjudicando su capacidad de acción colectiva. “Ojalá se nos dieran todos nuestros proyectos y ojalá la guerra no nos impida soñarlo” (Integrantes de la Amucasam, agosto 24 de 2012).

Comité de Mujeres de Inzá: Reconociendo otras formas de ser mujer

Inzá es un municipio ubicado al oriente del departamento del Cauca, en el límite con el Huila. Para llegar, hay que atravesar una cordillera y pasar por el páramo desde Popayán, o atravesar el río Magdalena desde La Plata. En Inzá se encuentra ubicado el *Parque Arqueológico Nacional de Tierradentro*, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Es en esos hermosos y accidentados paisajes montañosos de donde son las lideresas del Comité de Mujeres de Inzá.

Según narran las mujeres reunidas, el Comité se va conformando a partir del año 2000, cuando a un grupo de mujeres se les genera la inquietud de *por qué el Concejo Municipal sólo está conformado por hombres* y sienten la necesidad de hacer algo al respecto. El primer objetivo que se proponen es precisamente tratar de que las mujeres tengan representación en el ámbito político, y si bien el cometido lo llevan a término, la representación que logran es únicamente formal: la candidata elegida no apela por programas que beneficien a las mujeres del municipio. Se dan cuenta que hasta que el cambio no se dé de manera individual en las mujeres, no es posible tener un verdadero impacto sobre la comunidad. En ese momento, cuando la inquietud ya estaba sembrada, se pusieron en contacto con ellas un grupo feminista de la Universidad Nacional que había visitado el municipio para trabajar con integrantes de la asociación campesina de la región. El grupo de académicas las empezaron a capacitar en Derechos Humanos, derechos de las mujeres y en perspectivas de género. Habiendo conocido y aprendido sobre esos temas, salieron vereda por vereda a capacitar a otras mujeres y a hacer un diagnóstico de la situación en la que vivían. A partir de ese diagnóstico van surgiendo los ejes de acción del Comité y las campañas que han desarrollado a lo largo de los 12 años de experiencia que tiene el grupo.

Por otra parte, Inzá tiene una particularidad contextual que para las mujeres ha jugado un papel importante en el proceso organizativo del Comité: antes de movilizarse, sus integrantes habían tenido bastante contacto con otras organizaciones sociales fuertes debido a dos factores principalmente. Por un

lado, el departamento del Cauca ha tenido una larga historia de movilización indígena, que ha contribuido con las reivindicaciones más importantes que se han dado en el país en aspectos como, el reconocimiento de la diversidad étnica y cultural, y la recuperación de territorios ancestrales. Por otro lado, desde el año 1997 se constituye en el municipio la *Asociación Campesina de Inzá y Tierradentro* (ACIT). Estas experiencias de movilización han significado un gran apoyo para las mujeres, ya que se percibe que hacer parte de la ACIT le da más fuerza y reconocimiento al Comité y facilita algunas cuestiones de logística, considerando, por ejemplo, que las reuniones del Comité se realizan en la sede de la Asociación Campesina y que ésta tiene una emisora de la que disponen para difundir cuñas y promocionar eventos y campañas. No obstante el proceso de engranaje también las llevó a tomar distancia de las otras movilizaciones y reivindicarse como movimiento de mujeres puesto que al entrar a hacer parte de estas organizaciones se dan cuenta que los hombres no las iban a recibir en una posición de igualdad frente a la toma decisiones, ganarse ese lugar ha constituido una lucha en sí misma.

Aún así, si bien las mujeres vienen de antepasados campesinos, este vínculo identitario no fue tan obvio desde los inicios de la movilización, más bien, se ha ido consolidando a lo largo del proceso. Ellas cuentan que cuando se empezaron a organizar, se pensaban como un colectivo independiente que agrupara a todas las mujeres de la zona, incluidas campesinas e indígenas; Pero en el desarrollo del proceso hubo un choque entre los intereses de emancipación de las mujeres y los intereses del movimiento indígena, que tuvo como resultado que el Comité quedara compuesto únicamente por mujeres campesinas: “Hay líderes mujeres dentro del movimiento indígena muy fuertes, pero no se diferencian. No tienen una posición clara como mujeres. Hacen parte de la organización indígena, pero no defienden sus derechos frente a esa organización, estando dentro de ella” (Coordinadoras del Comité de Mujeres de Inzá, septiembre 24 de 2012). Así, el Comité se fue acercando al movimiento campesino de Inzá, y entra a hacer parte de la ACIT bajo la figura de Comité de Mujeres. Este hecho fortalece el proceso organizativo pues las articula con una Asociación

que ya llevaba algunos años de trayectoria y al mismo tiempo las compromete más con su identidad campesina.

Para retomar, en esos dos pasos, también se fortalece su intención de visibilizarse como una asociación de mujeres. Se narra que al entrar a hacer parte del Comité, ocurre algo similar que con el caso del movimiento indígena. La ACIT, compuesta mayoritariamente por hombres, lo primero que trata de hacer es opacarlas en su lugar de mujeres campesinas: “no querían que nos llamáramos Comité de Mujeres sino que nos llamáramos Comité de Familia, porque pues si la familia está bien, pues nosotras estamos bien...” (Comité de Mujeres de Inzá, video realizado entre 2006 y 2007). Actualmente, lo campesino se piensa como uno de los principales factores de unión, al contribuir con los sentimientos de solidaridad y hermandad entre las mujeres. De todas maneras, en los relatos se resalta que esa solidaridad no habría sido posible sin otro factor fundamental: la amistad, esa confianza que va surgiendo del compartir, el afecto que las une y le da continuidad al grupo, la fuerza que da el apoyo mutuo, que se va construyendo del disfrute y de la unión: “Pues en parte uno se organiza pa’ desestresarse, pa’ hablar, pa’ reírse, y para organizar cosas en el ejercicio de nosotras como mujeres. Porque igual cuando nos reunimos hablamos, mientras que uno en la casa no hace sino oficio” (Lideresas de las veredas del municipio de Inzá, septiembre 25 de 2012).

Por otro lado, en lo referente al conflicto armado, si bien Cauca ha sido uno de los departamentos más violentos del país en los últimos años, Inzá no es uno de los municipios caucanos que detenta esa violencia. Las expresiones del conflicto en el municipio han consistido en casos esporádicos, presentándose una dinámica de violencia que no es sostenida. En este sentido, la incidencia de este factor sobre el proceso organizativo ha sido coyuntural y no constituye uno de los pilares que ha guiado los propósitos o proyectos del Comité. Aun así, a raíz del conflicto armado, se ha demostrado el valor que tiene la capacidad de acción colectiva reaccionando frente a expresiones de violencia. Esto se encarna en un evento de violencia que es muy cercano al

Comité, y es el de un caso de “falsos positivos”¹ en el que una de las víctimas es la hija de una de las integrantes del Comité.

Los hechos mencionados ocurren en el año 2006 en una vereda de Inzá, llamada Belén. Para las mujeres, este hecho va a ser central en las narraciones de la historia del Comité, en tanto que se ha convertido para ellas en un ejemplo emblemático de cómo la fuerza de una colectividad puede resistirse frente a la impunidad. No obstante, también constituye una de las denuncias que hicieron posible que se identificara que este tipo de casos estaban ocurriendo de manera sistemática en el país desde varios años atrás (Noche y Niebla, 2008).

En el 2006 tuvimos un inconveniente con un pelotón del ejército que mató a dos jóvenes campesinos, una chica y un chico, la chica era menor de edad, hija de una compañera nuestra, pero gracias a la acción rápida de la gente, a la capacidad organizativa de la gente de la región, se siguió a este grupo del ejército y se logró rescatar los cuerpos rápido (...) Se logró hacer varias cosas ahí. Ahorita ya salió la sentencia, se hicieron dos casos de falsos positivos que han costado, pero eso le ha dado mucha fuerza a las comunidades donde se dieron los casos. Yo creo que la capacidad organizativa de la gente hace que las cosas no queden en la impunidad. (Coordinadoras del Comité de Mujeres de Inzá, Septiembre 24 y 25 de 2012)

A partir de dichos sucesos, se hizo una marcha a La Plata (Huila) —que es donde queda la base militar de los involucrados en los hechos —en tiempos de fiesta para que toda la población se enterara de lo que había sucedido. Se han hecho teatralizaciones de lo ocurrido en los eventos realizados por el Comité, y todo ha quedado registrado en los diferentes videos que hablan sobre su proceso organizativo. Adicionalmente, se logró en un trabajo conjunto entre el Comité, la ACIT y la madre de la joven, que mediante una acción administrativa, se le ordenara al Ejército Nacional pedir perdón por el asesinato de los jóvenes. A raíz de lo anterior, el 10

¹ Se les llama *falsos positivos* a las víctimas de ejecuciones extrajudiciales por parte del Ejército Nacional, enmarcados dentro de una práctica que se da por las presiones de las altas jerarquías militares por obtener resultados tangibles en su política contrainsurgente.

de marzo de 2012, se realizó un acto en el que los responsables de los hechos, militares del Batallón Cacique Pigoanza, pidieron perdón a las familias de las víctimas y a la comunidad en el lugar donde ocurrieron las ejecuciones (El Universal, 12 de marzo de 2012).

Por otro lado, a lo largo de los años el Comité ha llevado a cabo tres grandes campañas. La primera fue por la dignidad del trabajo de las mujeres, en tanto que una de las situaciones que se identificaron fue que no había un reconocimiento del trabajo productivo y reproductivo de la mujer, invisibilizándolo y no siendo tenido en cuenta el esfuerzo que implica parir los hijos, la crianza, el trabajo doméstico y la participación de la mujer en otro tipo de espacios. En esta primera etapa, a raíz de las capacitaciones, las mujeres se empiezan a percibir de otra manera, sus vivencias cobran otros significados. Empiezan a reconocer que su trabajo diario también genera aportes para su familia y la comunidad y por esto, que sus opiniones y sus decisiones también cuentan.

Las mujeres no éramos conscientes de que nuestro trabajo estaba haciéndole un aporte inmenso a la sociedad y entonces no era importante la recolección de café, no era importante el escoger, el ayudar en la huerta, el ir a trabajar un día al campo, incluso muchas veces todas las semanas. Sencillamente porque nosotras no éramos las que llevábamos el dinero a la casa, y culturalmente en nuestro medio, quien lleva el dinero a la casa es quien aporta. (Integrante del Comité de Mujeres de Inzá, video realizado entre 2009 y 2010).

En consecuencia, a partir de este proceso se deja de lado la timidez, se empiezan a hacer exigencias a ese sistema que no valora las acciones de las mujeres en tanto que ellas también contribuyen con su desarrollo, son portadoras de derechos y merecen un lugar en los espacios políticos, sociales y económicos. Por ejemplo, se les exige a los maridos que si poseen una huerta, que les dejen un pedazo para que ellas produzcan lo que quieran y como quieran; que no sólo ellos pueden asistir a talleres y encuentros de su interés; que ellas también pueden hacer parte de las Juntas de Acción Comunal y del Concejo Municipal; que también pueden recibir

préstamos para planear y llevar a término proyectos productivos propios.

La segunda campaña fue para la prevención de la violencia intrafamiliar, siendo detectada por el Comité como una de las problemáticas más comunes en los hogares de la zona. Esta campaña se inicia en el 2008, año en que se dicta la Ley 1257 cuyo objeto consiste en prevenir y sancionar todas las formas de violencia y discriminación contra la mujer en Colombia. En el marco de esta campaña, se realizan talleres de capacitación para que las mujeres conozcan sus derechos, para que conozcan las diferentes formas de violencia a las que se ven sometidas –física, psicológica, económica –, y para que entiendan cómo funcionan los roles de género y cómo estos buscan mantener a la mujer en una situación de subordinación y desventaja frente al hombre. Se hace también una *Ruta de Atención para casos de Violencia Intrafamiliar* para el municipio de Inzá; se capacita a los funcionarios públicos para que den un mejor trato a las mujeres cuando van a denunciar este tipo de casos; finalmente, se realiza un proceso con los hombres en el que se trabajan los roles de género y se hace un proceso de reconocimiento sobre cómo se relacionarse con su pareja y sus hijos; se trabajan las emociones y las consecuencias que tiene para ellos violentar a las mujeres.

En todo este recorrido, empieza a haber un descubrimiento de otras formas de ser mujer, de ser esposas, de ser madres, diferente al que ellas estaban “destinadas” a ser, otras formas de relacionarse con los hombres y con su cuerpo, otras formas de sentir; así como el aprendizaje de que la valoración y el reconocimiento de la mujer no sólo debe darse en los espacios públicos, sino también en los privados: “Hemos tratado de que nos reconozcamos en todos los espacios donde estemos... desde la alcoba, desde la cama, desde el fogón, en igualdad de condiciones” (Integrante del Comité de Mujeres de Inzá, video realizado entre 2009 y 2010). Aquí tuvo un gran peso la campaña contra la violencia intrafamiliar de la que se habló arriba,

Las campañas de prevención de violencia fueron muy importantes para que las mujeres sientan que no es natural que las golpeen, que porque ese es mi marido tiene derecho a golpearme; ellas tienen

unos derechos, a una vida digna y libre de violencias, porque se presentan violencias sexuales y ellas asumen que es normal porque su marido tiene derecho a tocarlas y a tener sexo con ellas cuando ellos quieren, así ellas estén enfermas o no quieran (...) se van haciendo semillas en muchas comunidades, en muchas mujeres y en muchas familias. (Coordinadoras del Comité de Mujeres de Inzá, Septiembre 24 y 25 de 2012).

Pero, la ruptura que se identifica en este proceso, va mucho más allá. Resistirse frente a seguir siendo una mujer pasiva, sometida a la voluntad de su esposo, y recluida al hogar, no sólo implica una confrontación con sus parejas, sino con toda una estructura de valores sociales. Se recibe como una afrenta contra la familia; que siendo la estructura social básica por excelencia en una sociedad con una fuerte influencia de valores cristianos y católicos, constituye entonces una afrenta contra al orden mismo de la sociedad.

Yo fui una de las primeras que me separé, al darme cuenta que no valía la pena seguir al lado de una persona que no la valora, que no nos valora por ser mujeres, sino que por el contrario, quiere someternos, hasta explotarnos laboralmente, económicamente, golpearnos, maltratarnos (...) Ahí viene todo el proceso de estigmatización: “Ah! Es que esas son brujas, son lesbianas, miren como dejan a los maridos, ni se metan en eso que todas terminaron separadas”. (Coordinadoras del Comité de Mujeres de Inzá, Septiembre 24 y 25 de 2012).

Hay un ejemplo interesante en el que es posible dar cuenta de la transformación de los roles de género y de la irrupción de la mujer en los espacios sociales: la entrada de las mujeres a las cantinas y discotecas. Las integrantes del Comité narran que en los pueblos de Colombia no es común que las mujeres entren a estos lugares y si lo hacen es porque quieren que los hombres las toquen y les gasten lo de tomar. Pero hace unos años, un grupo de mujeres del Comité decidieron “dar la pelea” y empezaron a ir solas a estos lugares, entraban, se compraban su propia cerveza y se quedaban conversando o bailando entre ellas. Actualmente, en Inzá es “normal” entrar un sábado a una discoteca y ver mujeres en la barra, y los hombres las respetan.

Algunas de las estrategias que han acompañado las campañas descritas antes son los eventos de visibilización, para los que se hacen grandes convocatorias a mujeres de todo el municipio y del departamento. A lo largo del día se da a conocer el trabajo realizado por el Comité y los resultados obtenidos sobre la situación y las problemáticas de las mujeres de la zona. Pero para esto se utilizan diferentes tipos de estrategias. Por ejemplo, se hacen dramatizaciones de humor, se relatan historias y se hacen presentaciones musicales, representando la vida cotidiana de las mujeres y las diferentes formas de violencia a las que se ven sometidas. Otra estrategia que se ha llevado a cabo es transmitir cuñas a través de una emisora que maneja la organización campesina, en los que se hacen diálogos dramatizados ejemplificando otras formas de ser mujer y de relacionarse con el hombre:

Hombre: “¿Y pa’ dónde va? ¿Y pa’ qué se arregla? ¿Será pal mozo?”

Mujer: “No voy para ningún lado, me arreglo para mí, me arreglo para sentirme bien”.

Grupo de Mujeres: “¡Mujeres en Junta!” (Cuña radial transmitida por la emisora de la ACIT, Comité de Mujeres de Inzá).

Finalmente, la tercera campaña está estrechamente relacionada con la identidad campesina de las mujeres. Ésta trata sobre proyectos productivos y economía solidaria, que si bien ha sido el último eje en consolidarse, es el que lleva más tiempo trabajándose trabajado en el Comité. Este eje del proceso está relacionado a lo que el Comité entiende como violencia económica, es decir, la incapacidad de generar ingresos y por ende, no tener independencia de maridos e inclusive de los propios hijos, y no poder tomar decisiones autónomamente. Dos de los proyectos que se lleva a cabo en el marco de esta campaña son las huertas caseras y las huertas comunitarias, que se acompañan con proyectos como panaderías y tiendas para vender lo producido. Adicionalmente, cuentan las integrantes del Comité que durante los últimos dos años se ha ido consolidando un proyecto que es el de un *Fondo de Crédito* para las mujeres. El Fondo de Crédito nace cuando tienen

la posibilidad de conocer la metodología bajo la que funciona el *Banco de los Pobres*, programa de micro-crédito fundado por el Nobel de la Paz, Muhammad Yunus. El Comité propone generar un sistema similar, ya que las mujeres al no tener ni títulos ni escrituras, no cuentan con la posibilidad de que los bancos les hagan préstamos y menos siendo mujeres campesinas.

Las propuestas descritas antes también se piensan como estrategia de resistencia frente a la desaparición del campesinado. En las narraciones se denuncia que el campesino está cada vez más acorralado por leyes imposibles de cumplir por las familias campesinas y por políticas como la de *Revolución Verde*, a través de la cual se buscaba la tecnificación de los cafetales y la utilización intensiva de agroquímicos; es decir, la “cafetización” de los cultivos. A partir de los proyectos presentados por el Comité, se refuerza la necesidad de volver sobre la identidad campesina: el campesino y la campesina como productores de comida, no de café. Así mismo, significa resistirse a comer productos y semillas transgénicas, a depender del Estado para la alimentación diaria, al deterioro o abandono del territorio propio, pero sobre todo, a que el campesino como sujeto político, como sujeto histórico, desaparezca.

En conclusión, en este caso la movilización inicia por una percepción de injusticia frente a la participación política mayoritaria o absoluta por hombres versus una nula de las mujeres, a lo que se le suma una exposición al discurso feminista proveniente de la academia, que tiene como efecto que las mujeres “tomen conciencia” de su situación de subordinación frente al hombre, y empiecen a darle otros significados a su vivencia como mujeres. Por lo tanto, se genera una ruptura con la estructura de pensamiento que tienen las mujeres –y que en general son las compartidas por el resto de la sociedad en la que viven. Sólo a medida que esto va ocurriendo de la mano con el proceso en el que dan cuenta de cómo le van dando solución a cada problema –de que tienen la capacidad de hacer lo que se proponen –es que va cobrando sentido unirse y luchar para transformar su realidad.

Por otro lado, la cercanía del Comité de Mujeres de Inzá con otras movilizaciones que ya contaban con una historia reivindicativa en la región, le brindaron

experiencia organizativa y fortaleza “institucional”, facilitando su estructura de movilización. Pero, dicha alianza también las comprometió cada vez más con la reivindicación de su pasado y presente campesino, que se fue asumiendo como uno de los principales ejes de unión entre las mujeres que permanecieron en el proceso. Esto último apunta a una transformación de los marcos de significado; las mujeres comparten cierto discurso identitario, que en la medida en que va siendo recuperado, se va volviendo más central en su proceso. Su reivindicación como campesinas facilita que se establezcan lazos de confianza y cooperación entre las mujeres que se vuelven fundamentales para el desarrollo de la acción colectiva. De todas maneras, como se pudo leer, su identidad campesina no es ni lo único ni lo primero que compone su marco de significados, aquello que unió a las mujeres del Comité, fue precisamente el ser mujeres.

Mujeres lideresas de Buenaventura: Múltiples identidades, múltiples discriminaciones

El tercer grupo de mujeres con el que se trabajó no conforman una sola iniciativa, hacen parte de una serie de redes y asociaciones de mujeres que se han ido conformando a lo largo de los años. Algunas de ellas viven en la zona rural y otras en barrios de la zona urbana, algunas son oriundas de la región y otras llegaron hace muchos años huyendo de la guerra. Actualmente, todas viven en el Distrito de Buenaventura, uno de los lugares más importantes para la economía colombiana; siendo el puerto marítimo donde más comercio se mueve, pero también uno de los más violentos. Buenaventura se encuentra ubicado en la parte occidental del departamento del Valle del Cauca, y es una de las regiones del país con predominio de población afrodescendiente, teniendo un 88,5% de población auto reconocida como *afrocolombiana*² (DANE, 2005).

Desde sus orígenes, Buenaventura ha sido clave para el comercio como fuente de materias primas (oro, platino, tagua y madera), y desde mediados del

² Entendiéndose por esto: “Persona que presenta una ascendencia africana reconocida y que poseen algunos rasgos culturales que les da singularidad como grupo humano, comparten una tradición y conservan costumbres propias que revelan una identidad que la distinguen de otros grupos” (DANE, 2010: 46).

siglo XX como principal punto de entrada y salida de productos, siendo estratégico para la economía del Valle del Cauca y departamentos como Antioquia y el eje cafetero (Castillo, 2010). Pero, gran parte de las riquezas del puerto han ido a parar a las élites del centro del país, en vez de ser invertidas en la población local. Igualmente, durante muchos años Buenaventura estuvo marginado del conflicto armado interno, pero la situación cambió en el 2000, cuando la violencia en Buenaventura se agudizó de tal manera que el Distrito se convirtió en uno de los municipios más violentos del país (Castillo, 2010): “Buenaventura es una bomba de tiempo, por el sector que yo vivo, usted sabe que por ahí es donde ellos pasan, meten sus armas. Es como un Vietnam” (Mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 9 de 2012).

De esa violencia quedaron cientos de víctimas, entre las cuales se encuentran las mujeres que participaron del encuentro en Buenaventura para la investigación. Todas ellas son víctimas de diversas violencias, pero también lo son del conflicto armado si se considera la definición de *víctima* acordada por el Congreso de la República (Ley 1448 de 2011). Entre el grupo hay, desplazadas, huérfanas; muchas de ellas perdieron a su esposo, otras un hermano, o un hijo y algunas han perdido a más de un miembro de su familia -teniendo en todos los casos una experiencia directa y muy dolorosa del conflicto armado.

Yo me desplazé de aquí, y me fui, uno viene de entrada por salida a Buenaventura, uno no se siente seguro en ninguna parte. Cuando entran encapuchados matan gente y uno no sabe por qué los están matando (...) Y empieza uno a andar con sus muchachitos de arriba para abajo, en casa ajena, tampoco puede ser que todo el tiempo uno esté llorando. (Mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 9 de 2012).

En los testimonios de las mujeres es posible dar cuenta de que el impacto que ha tenido el conflicto armado sobre sus vidas no se limita al dolor de perder violentamente a un ser querido, afecta también la estructura social. Por ejemplo, se genera una ruptura en la familia, se alteran las dinámicas diarias, se limitan los encuentros sociales, se resignifican los

espacios públicos e inclusive en algunos casos se debe abandonar todo aquello que se ha construido, todo aquello que se tiene y se conoce.

Las mujeres de Buenaventura con las que se realizaron los encuentros han participado del surgimiento y/o consolidación de diferentes iniciativas de acción colectiva, que tienen entre sus principales objetivos: visibilizar a las mujeres víctimas del conflicto armado, luchar por los derechos y en contra de la exclusión de las mujeres campesinas, negras e indígenas de Colombia, mejorar las condiciones de vida de las mujeres de Buenaventura, disminuir la desigualdad entre hombres y mujeres, entre otros³. Varias de ellas llevan un largo proceso de lucha desde estas diferentes organizaciones, en el cual han articulado una gran variedad de objetivos y motivaciones. Si bien cada una de ellas ha seguido un recorrido diferente, en las narraciones muchas coinciden en haberse interesado por la movilización social a raíz de la agudización del conflicto armado o tras haber sido víctimas sobrevivientes del conflicto. Un caso concreto es la participación en *Madres por la Vida*, movimiento que reúne a mujeres víctimas del conflicto; organización que tiene entre sus objetivos principales la búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación.

En el 2006 tuvimos el desplazamiento masivo que fue a raíz del conflicto armado que se formó allá, donde nos desplazamos de un sector a otro, donde no se podía pasar de una calle a la otra, porque si pasaba para allá lo mataban. Después de eso, en el 2007 fue cuando me asesinaron a mi hijo, lo cual tenía yo cinco meses de él fallecido, llegó una invitación de Redepaz para asistir a la Semana por la Paz. En esa invitación fuimos con unas compañeras, nos conocimos como 300 mujeres a nivel nacional y cada quien contaba su historia, y nos dábamos cuenta que todas las historias eran diferentes, pero a la vez era el mismo dolor. (Mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 10 de 2012)

Bajo esta identidad de víctimas que buscan resistirse frente al conflicto, una de las iniciativas que llevan a cabo las mujeres es la marcha que se

³ Algunas de las iniciativas de acción colectiva de las que hacen parte las lideresas de Buenaventura son: Red de Mariposas Alas Renovadas Construyendo Futuro; Madres por la Vida; Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia; Fundemujer; Mujeres Rompiendo Silencio; y Proceso de Comunidades Negras.

hace el 26 de agosto, día en que paramilitares de las AUC ejecutaron a siete personas y generaron varios desplazamientos en el año 2000 (Noche y Niebla, 2000). La marcha pretende visibilizar y conmemorar a todas las víctimas que ha cobrado la violencia en la región. Ese día, varias comunidades se reúnen en la vía Alejandro Cabal Pombo, que ha sido un lugar común de masacres y se “hace una misa al estilo afro de nosotros, la hostia es pan, se recogen frutos de acá de la zona, y se cantan alabados que nosotros siempre cantamos” (Mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 10 de 2012). Es decir que, a partir de la movilización las mujeres se reúnen y comparten sus historias, sus dolores, sus emociones, se empiezan a dar un reconocimiento mutuo. Por encima de sus diferencias, el compartir les genera sentimientos de unión: las une el dolor que comparten pero también la resistencia, las ganas de ayudarse y de ayudar a otras mujeres a superar los momentos difíciles.

A través de todas estas organizaciones, he conocido lo que es sentir la unidad, y he aprendido lo que es querernos las unas a las otras, que el dolor de la una, es el dolor de la otra, el sentir, no importa el color de quién sea negra, india, mestiza. (Mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 10 de 2012).

Por otro lado, el compartir esas experiencias también tiene un valor por fuera de lo local. Las denuncias de las mujeres víctimas se fortalecen cuando están reunidas. Se narra, por ejemplo, la emoción que les generó hace dos años participar de un encuentro internacional en el que compartieron sus historias con mujeres de más de 15 países alrededor del mundo. Encuentros como éste les permite no solamente visibilizarse por fuera de Colombia sino percibir que hay un sentir compartido que traspasa las distancias nacionales, darse cuenta que “la violencia contra las mujeres en Belén o en Belgrado, no ha sido ajena a la violencia que se ha vivido acá en Colombia. Que la situación de las mujeres en el mundo es una sola” (Mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 10 de 2012).

Es importante resaltar que todas las mujeres que participaron de las entrevistas son víctimas, lo cual ha implicado que el factor del conflicto armado sea fundamental en el proceso de movilización de este

grupo de mujeres, aunque no en todos los casos ha significado la razón por la que surge la motivación de hacer parte de las diferentes iniciativas. En algunos, éstas nacen mucho antes de la agudización del conflicto, antes del año 2000, y parten de la resistencia frente a una violencia estructural ejercida de manera histórica en la región hacia diferentes poblaciones minoritarias. Estas resistencias se tratan de la lucha por la defensa y reivindicación de los derechos campesinos y de las comunidades afrocolombianas, dándose desde la participación en organizaciones como la *Asociación Nacional de Usuarios Campesinos-ANUC* y el *Movimiento Cimarrón*.

En consecuencia, el hecho de que la cantidad de organizaciones de las que hacen parte las mujeres sea considerable tiene dos implicaciones para el análisis del proceso de movilización. Por un lado, el hecho de que las mujeres se identifiquen con una gran serie de banderas sociales, da pistas sobre las múltiples identidades a las que están suscritas. Y por el otro, obliga a fijarse en que la variedad de demandas por las que se movilizan brinda un diagnóstico de la situación crítica en la que viven estas comunidades; tanto estructuralmente, como en relación al estado del conflicto armado en la región. Primero, bajo su identidad como afrodescendientes, las mujeres buscan que se recupere y reconozca el legado ancestral que comparten; lucha guiada por los logros formales obtenidos por las comunidades afrocolombianas en las últimas décadas. Lo primero es que en la Constitución de 1991 se hace un compromiso con las comunidades negras de expedir en los siguientes dos años una ley que les reconozca las tierras baldías que han venido ocupando en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico y de crear mecanismos bajo los que se proteja su identidad cultural y sus derechos, fomentando su desarrollo económico y social (Artículo transitorio 55, Constitución Política de Colombia 1991). Lo segundo es la concreción de ese compromiso –más de diez años después de la Constitución– bajo la Ley 70 de 1993. Estos dos hechos van a servir como sustento legal para el resto de movilizaciones relacionadas al reconocimiento de las comunidades afrocolombianas y la protección de sus derechos colectivos.

Algunos casos de lo anterior aparecen entre las demandas que han llevado a cabo las mujeres. Por ejemplo, que el trabajo de una partera sea reconocido como parte de su sistema de salud tradicional y por ende, que su trabajo sea pagado como se le retribuye a un médico convencional. Además, que a las comunidades se les involucre en los programas de ecoturismo que se llevan a cabo en sus propios territorios y así, esto les genere empleo e ingresos. O, que en la planeación de los programas de vivienda del gobierno se tengan en cuenta las características propias de las familias afrocolombianas: “Aquí en Buenaventura no nos sirve la unidad de vivienda que hacen allá, dos cuarticos, una cocinita; no, nosotros somos de expansión, somos familias extensas. Que se den cuenta de eso. Mire ustedes nos hacen un cuarto, y nosotras hacemos cinco de aquí pa allá, aunque sea con hojas” (Mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 10 de 2012).

También, en su reivindicación se mezclan diferentes preocupaciones e intereses. Como ya había sido mencionado, algunas de las mujeres inician su proceso de movilización desde organizaciones campesinas y afrocolombianas, pero ante la falta de reconocimiento como actoras sociales, buscan otros lugares de lucha. En este camino se topan entonces con la situación de desigualdad de la mujer frente al hombre en las mismas organizaciones sociales, lo que lleva a algunas mujeres que habían hecho parte de estos procesos a alejarse e iniciar propuestas propias en las que también se articule la reivindicación de los derechos de la mujer. Este es el caso del surgimiento de la *Anmucic* o *Fundemujer*. Igualmente, otras de las mujeres cuentan que fue cuando empezaron a hacer parte de las organizaciones que fueron aprendiendo sobre Derechos Humanos y derechos de las mujeres por capacitaciones que recibían y es desde estos lugares desde donde empieza a cobrar importancia para ellas articular a su lucha la defensa de los derechos de las mujeres y la equidad de género. Éste aprendizaje da pie a que nazca la *Red de Mariposas Alas Renovadas Construyendo Futuro*, cuyo principal propósito es movilizarse frente a la violencia contra la mujer, pero que también pugna por la equidad de género en la región.

Otra iniciativa de la que han participado las mujeres entrevistadas es en la definición y redacción de la *Política de Igualdad de Oportunidades para las mujeres de Buenaventura*, aprobada en marzo de 2011. Ésta consiste en “un conjunto de decisiones, objetivos y medidas adoptadas por las instituciones públicas para fomentar la igualdad y equidad entre mujeres y hombres, con el propósito de mejorar la situación socioeconómica, política y cultural de las mujeres” (Acuerdo No. 6 de 2011). Si bien la creación de esta Política de Igualdad parece un gran logro para las organizaciones de mujeres en Buenaventura, según los testimonios de las entrevistadas, hasta ahora su implementación sigue siendo un reto sin cumplir. En el marco de esta política se busca incentivar, por ejemplo, que mediante préstamos, las mujeres puedan llevar a cabo proyectos productivos agropecuarios propios.

Retomando lo anterior, los logros, proyectos y programas presentados apuntan a la reivindicación de una gran variedad de identidades de las que las mujeres entrevistadas se sienten parte, pero también están dirigidos a cubrir un sinnúmero de necesidades que se presentan en la comunidad. Esto permite entonces hacerse una idea de las condiciones de vida en que se encuentra parte de la población en el Distrito de Buenaventura y en particular, las condiciones de las mujeres. En las narrativas se relata la promoción de propuestas para vivienda, salud, generación de empleo, reducción de la violencia en los hogares, entre otras. Esas identidades que encarnan las mujeres entrevistadas deben ser reivindicadas en la defensa de sus derechos, porque han sido históricamente causa de discriminación por parte del Estado y de los diferentes gobiernos de turno. Lo que parece tener como consecuencia que el hacer parte de múltiples grupos minoritarios en la actualidad, aún significa estar en una situación de desigualdad económica, política y social.

Es importante destacar aquí que si bien hay mujeres que se movilizaron con la intención de transformar una situación de desigualdad y subordinación histórica, otras lo hicieron debido al impacto del conflicto armado sobre sus vidas y en los proyectos de construcción de paz que impulsan, ambas cuestiones son inseparables. Es decir, la

violencia estructural que hace que minorías tales como la población afrodescendiente y las mujeres tengan menos oportunidades de acceder a ciertos derechos, es una situación que, según las mujeres entrevistadas, está estrechamente relacionada con el intenso transcurrir que ha tenido el conflicto armado en la región que habitan. Las mujeres plantean que la población pobre es presa fácil para el conflicto, y que en la medida en que hay intereses económicos detrás del desarrollo de la guerra, a quienes detentan el poder no les interesa sacar a la población de la pobreza.

Porque nosotros somos los que ponemos los muertos, se meten a las comunas, a los barrios, a los pueblos a armar conflicto, a desalojarnos de nuestro territorio, que hemos construido con las manos. Ya cuando lo ven bien constituido traen las grandes empresas a construir macroyectos, porque ahora sí ese territorio tiene un valor para ellos, y nosotros que lo hemos trabajado con sudor, aguantando hambre, necesidades, dónde queda eso, y ahora sí vienen ellos a desalojarnos, a formarnos el conflicto, y la comunidad tiene que pasar todas esas necesidades. (Testimonios de vida de mujeres lideresas de Buenaventura, noviembre 9 de 2012)

En este sentido, las entrevistadas consideran que la paz no va a ser posible si esas desigualdades y la pobreza en la que viven ciertas comunidades de Buenaventura no son superadas. La resistencia no es solamente contra un actor armado, sino contra toda la lógica de la guerra y el sistema que la perpetúa. Partiendo de estas ideas, las mujeres instan a que debe haber inclusión en las discusiones sobre cómo lograr una paz duradera en el país.

En suma, Buenaventura con su ubicación estratégica para el comercio y su riqueza en recursos naturales ha presentado históricamente una grave situación de pobreza y subordinación de sus pobladores, a lo que se ha sumado desde el año 2000 una agudización de las dinámicas del conflicto armado contra los civiles en lo rural y en lo urbano. Las mujeres entrevistadas son víctimas de esa violencia, tanto de la estructural que ha excluido a comunidades minoritarias del sistema político y económico, como de la violencia directa generada por los actores armados. Estas razones son las que han motivado a las mujeres a movilizarse,

buscando reivindicarse en las múltiples identidades de las que se sienten parte, que si bien representan las razones de su discriminación, en la movilización son las banderas de su lucha. Las lideresas son negras, son mujeres, son campesinas y son pobres, y en esa medida, son víctimas. Es decir, en el proceso de movilización se han ido articulando todas esas identidades que para ellas no dejan de estar estrechamente relacionadas. Por ese motivo, la construcción de paz no debe implicar únicamente el desarme de los actores; para no recaer en la guerra, la paz también debe significar inclusión y generación de oportunidades.

Conclusiones

En la etapa de surgimiento del proceso de movilización la influencia de otras redes sociales cumple un papel muy importante, ya sea en términos de apoyo en experiencia, con recursos o por un llamado o invitación a movilizarse. Pero esta influencia tiene un papel fundamental en otro aspecto: el aprendizaje de Derechos Humanos, así como de discursos feministas enfocados hacia los derechos de las mujeres y la violencia de género, son claves en el momento de “prender la chispa” para la movilización. En las capacitaciones y talleres de los que participan las mujeres impulsadas por otros líderes o lideresas, se alteran los marcos de sentidos de las mujeres. Así, aprenden que existen otras formas de ser mujer y nace la posibilidad de vivir y de relacionarse de otra(s) manera(s). Lo anterior está directamente asociado a cumplir intereses estratégicos bajo los que se da una ruptura con los roles de género tradicionales. Aun así, esto no se da desvinculado a la expectativa del desarrollo de proyectos productivos. Por ende, la idea de empezar a producir alimentos y generar ingresos para el hogar es una de las grandes motivaciones de las mujeres para participar de las movilizaciones. Entonces, esa ruptura viene de la mano con la posibilidad de ofrecer mejores condiciones de vida a sus familiares, capacitándolos/as para resolver situaciones de la vida diaria y de esta manera, cumplir intereses prácticos. Así, sus objetivos y motivaciones no son unidimensionales, ni fijos.

Todo lo anterior implica un proceso en el que desde sus primeras etapas cuando las mujeres se reúnen para planear, discutir y ejecutar proyectos

conjuntamente, lo colectivo y lo social gana valor frente lo individual. Empieza a haber un reconocimiento en ellas sobre su capacidad de acción y transformación de la propia vida, familias y comunidades; las mujeres ganan una voz, se reconocen un lugar en lo público. Es en todas esas expresiones que se alteran sus marcos de sentidos, logrando a su vez fomentar un capital social entre personas antes invisibles (o al menos no reconocidas), lo cual permite que una gran diversidad de proyectos sean posibles. De todas maneras, la ruptura de los roles de género en las mujeres no ha implicado un desarreglo de los roles de los hombres. Por lo que, apelando a ideas ya expuestas en la revisión de literatura, el empoderamiento de las mujeres significa una sobrecarga de sus labores.

Por otro lado, si bien en todos los casos abordados el conflicto armado se manifiesta de alguna manera, sus dinámicas son muy variadas, lo cual permite observar el impacto diferenciado que ha tenido cada uno de estos contextos sobre la vida de las mujeres y sobre sus procesos de movilización. Aunque la agudización del conflicto armado o la restricción de los derechos y libertades no necesariamente sea la causa del surgimiento de la movilización, sí tiene un efecto sobre el proceso de lucha: al haber cambios en las dinámicas de los actores armados, se empiezan a articular en los proyectos y estrategias de acción de las mujeres, las preocupaciones por las consecuencias que puede tener el conflicto sobre

sus familias y sus comunidades. De esta manera, el conflicto armado también altera el marco de sentido de las mujeres. Por ejemplo, ya las huertas comunitarias no solamente se piensan como una estrategia de producción sino como una opción para que los jóvenes no se alisten en los grupos armados; cobrando así la capacidad de acción colectiva valor contra de la impunidad.

Otro factor que transforma los marcos de sentido en el proceso de movilización a raíz de la interacción entre el contexto y los(as) actores(as), son las identidades. Su reivindicación se sustenta en una historia de subordinación y discriminación ligada a una identidad particular, y es desde ahí que parte la lucha. Éstas pueden llegar a representar un poderoso motivo de unión, pero es algo que se va dando en tanto que adquiere un sentido o un valor en el grupo y se articula al resto del proceso. Las identidades que reivindican las mujeres, que son el motivo por el que son discriminadas, para ellas no están desligadas de las problemáticas sociales que le dan pedal al conflicto armado. Por ende, la resistencia por los derechos de su identidad étnica, por el acceso a la tierra, a la educación o a la salud también tienen un lugar en la tan anhelada paz del país. En ese sentido, todas las lideresas que participaron del proyecto abanderan una construcción de paz integral, que no sólo implique el desarme de los actores armados sino por ejemplo, la inclusión y la reducción de la pobreza de las minorías.

Referencias

- Anderlini, S. N. (2007). *Women Building Peace: What They Do, Why it Matters*. Colorado: Lynne Rienner Publishers, Inc.
- Archila, M., Delgado, A., García, M.C., & Prada, E. (2003). *25 años de luchas sociales en Colombia: 1975-2000*. Bogotá: Cinep.
- Batliwala, S. (1998). El significado del empoderamiento de las mujeres: nuevos conceptos desde la acción. En M. León (ed.), *Poder y Empoderamiento de las Mujeres*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Bouta, T., & Frerks, G. (2002). *Women's Roles in Conflict Prevention, Conflict Resolution and Post-Conflict Reconstruction*. The Hague: Netherlands Institute of International Relations.
- Castillo, L.C. (2010). Acción Colectiva y Resistencia Negra en el Norte del Cauca y Sur del Valle. En L.C. Castillo, et al. *Etnicidad, Acción Colectiva y Resistencia*. Cali: Universidad del Valle.
- Cockburn, C. (1998). *The Space Between Us: Negotiating Gender and National Identities in Conflict*. London: Zed Books.
- Congreso de la República. (4 de diciembre de 2008). *Ley 1257 de 2008*.
- Congreso de la República. (10 de junio de 2011). *Ley 1448 de 2011*.
- DANE. (2005). *Boletín Censo General 2005*. Recuperado el 29 de octubre de 2012, del sitio web: http://www.dane.gov.co/files/censo2005/PERFIL_PDF_CG2005/76109T7T000.PDF
- DANE. 2010. *La visibilización estadística de los grupos étnicos colombianos*. Recuperado el 29 de octubre de 2012, del sitio web: http://www.dane.gov.co/files/censo2005/etnia/sys/visibilidad_estadistica_etnicos.pdf.
- El Universal. (12 de marzo de 2012). Ejército reconoció responsabilidad por falsos positivos en Cauca.
- García, M. C. (2003). Luchas sociales protagonizadas por actores menos visibles. En M. Archila, et al. *25 años de luchas sociales en Colombia: 1975-2000*. Bogotá: Cinep.
- Grupo de Memoria Histórica (CNRR). (2009). *Memorias en Tiempo de Guerra: Repertorio de Iniciativas*. Bogotá: Puntoaparte Editores.
- Grupo de Memoria Histórica (CNRR). (2011). *Mujeres y Guerra: Víctimas y Resistentes en el Caribe Colombiano*. Bogotá: Taurus.
- Jelin, E. (1987). *Ciudadanía e identidad: Las mujeres en los movimientos sociales latino-americanos*. Ginebra: UNRIDS.
- Jordan, A. (2004). Women and conflict transformation: influences, roles and experiences. En H. Afshar, & D. Eade (eds.). *Development, Women, and War: Feminist Perspectives*. London: Oxfam GB.
- Korteweg, A. & Ray, R. (1999). Women's Movements in the Third World: Identity, Mobilization, and Autonomy. *Annual Review of Sociology*, 25: 47-71.
- McAdam, D., McCarthy, J.D. & Zald, M. N. (eds.). (1996). *Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas*. Madrid: Istmo.
- Meertens, D. (2000). *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Centro de Estudios Sociales.
- Melucci, A. (1988). Social movements and the democratization of everyday life. En J. Deane (ed.). *Civil society and the State*. London: Verso.
- Mesa de Trabajo "Mujer y Conflicto Armado. (2009). IX Informe sobre la violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia.
- Molyneux, M. (1985). Mobilization without Emancipation? Women's Interests, the State, and Revolution in Nicaragua. *Feminist Studies*, 11(2): 227-254.
- Mouffe, C. (1997). *The Return of the Political*. New York: Verso.
- Defensoría del Pueblo. (2005). *Sociedad de Emergencia: Acción colectiva y violencia en Colombia*. Bogotá: Defensoría del Pueblo/Asdi.
- Pardo, M. (1997). Movimientos sociales y actores no gubernamentales. En M.V. Uribe & E. Restrepo (eds.). *Antropología de la Modernidad*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, p. 207-251.
- REDEPAZ. (22 de mayo de 2008). *Las Madres por la Vida "se toman" a Bogotá*. Recuperado el 11 de noviembre de 2012 de: <http://www.redepaz.org.co/Las-Madres-por-la-Vida-se-toman-a>
- Rehn, E. y Johnson, E. (2002). *Women, War, Peace: The independent Experts' Assesment on the Impact of Armed Conflict on Women and Women's Role in Peace-building*. New York: UNIFEM.
- Sánchez, O.A. (2006). *Nuevas formas de resistencia civil de lo privado a lo público: movilizaciones de la ruta pacífica 1996-2003*. Bogotá: Ruta Pacífica de las Mujeres.
- Sapiro, V. (1998). When are women interests interesting? En Phillips, A. (ed.). *Feminism and Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- Sweetman, C. (ed.) (2005). *Gender, Peacebuilding, and Reconstruction*. Oxfam GB: Oxford.
- Villareal, N. & Ríos, M.A. (ed.) (2006). *Cartografía de la esperanza: iniciativas de resistencia pacífica desde las mujeres*. Bogotá: Editorial Gente Nueva.
- Werbner, N. & Yuval-Davis, N.(1999). Women and the New Discourse of Citizenship. En Werbner, N. & Yuval-Davis, N. (ed.). *Women, Citizenship and Difference*. London: Zed Books.
- Wise, S. (1996). Feminist Activism. En Cosslet, T. & Summerfield, P. (ed.). *Women, power and resistance*. Buckingham: Open University Press.